

y darla vigor para acometer lo que antes aborrecía y huía. Mira, por fin, la mansedumbre de Jesús, el cual, con haberse hallado en tanta congoja, y ver á sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indigna, sino que, antes de llamarles por última vez, como compadecido de ellos, les dice: «Dormid y descansad». ¡Oh buen Jesús! Vos teníais grande necesidad de dormir y descansar; pero, como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso, y tomáis para Vos el trabajo. No permitáis que yo entregarme al ocioso descanso, viendo á Vos, que con tanto dolor estáis velando y orando, y á vuestros enemigos, que con tanto odio y encarnizamiento os están persiguiendo en vuestros discípulos. ¡Oh alma fiel! La diligencia de los enemigos de Cristo, ¿no te moverá á serlo en su servicio? ¿Procuras buscar en la oración la fortaleza que te falta y necesitas?

Epílogo y coloquios. ¡Qué cuidado tan amoroso tiene el Padre eterno de su Hijo! Le contempla solo, agobiado de temor, desamparado, sumergido en la tristeza, y viendo que insiste en su ferviente oración, manda á un ángel del cielo que en forma visible se presente á consolarle. ¿Quién no confiará en la providencia de tan tierno Padre? Mira al ángel san Gabriel cómo se acerca respetuosamente á Jesús y le comunica las órdenes del Padre celestial, y se esfuerza en consolarle, y Jesús le escucha atento. ¡Qué humildad! ¡Dios recibiendo consuelo de una criatura! Oyendo Jesús al ángel, enciéndese en el celo por la gloria de su Padre y bien de los hombres; y como su imaginación aviva al propio tiempo los afectos de temor, congoja y tristeza, entáblase dentro del Corazón de Jesús terrible lucha, y no cabiendo en él la sangre, se derrama con tal violencia por todas sus venas, que viene á brotar por los poros del cuerpo, llegando á regar el suelo. ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh dolor inefable! Así ostenta Jesús la caridad que nos profesa y el dolor que le causan nuestros pecados. Mas, ha llegado la hora fatal; el ángel ha desaparecido, y Judas se acerca con su tropa; Jesús, saliendo animoso de la oración, va á sus discípulos, y aunque se compadece de su debilidad al hallarlos dormidos, mas con amorosa reprensión los despierta, recordándoles la vigilancia del traidor y comparándola con la tibieza de ellos. Lo mismo, quizá, nos podría decir á nosotros. Pues, ¿qué hacemos? ¿Deseamos que los ángeles nos consuelen? ¿Por qué no somos más asiduos y vigilantes en la oración? ¿Por qué no tenemos por la defensa de los intereses de Jesús el celo siquiera que sus enemigos tienen para hacerle la guerra? Avergoncémonos de nuestro proceder; propongamos corregirnos, pidiendo para ello las gracias necesarias, sin olvidar las demás necesidades que se nos han recomendado.

27.—LLEGADA DE JUDAS Y DE LOS SOLDADOS AL HUERTO.

PRELUDIO 1.º Vino Judas con los soldados, y saludó á Jesús, el cual le recibió con muestras de amor; y después, preguntando á los soldados á quién buscaban, dijeron que á Jesús, contestó: «Yo soy», y ellos cayeron en tierra.

PRELUDIO 2.º Representate este suceso como si le vieses con tus ojos.

PRELUDIO 3.º Pide grande y vivo temor de los juicios de Dios y de su justicia.

Punto 1.º Llegada de Judas, y su beso hipócrita.—Considera cómo habiendo Judas advertido á los soldados que con él iban, que Jesús era aquel á quien besase, llegando donde estaba el Señor, se le acercó y le besó, diciendo: «Dios te salve, Maestro». El Señor le respondió: «Amigo, ¿á qué viniste? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?» Sobre lo cual has de ponderar primeramente las marañas y trazas que inventó Satanás para prender á Cristo, parte con violencia de muchos soldados muy desahorados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traición con beso de paz; la diabólica maldad de Judas, que de Apóstol de Cristo se hizo capitán y guía de sus enemigos; y su enorme desvergüenza en aprovecharse del conocimiento que de Él tenía para entregarle con beso de paz á sus verdugos. ¡Cuánto has de temer los juicios de Dios al ver la suerte de este desventurado! Pondera luego la mansedumbre y caridad admirables de Jesús, el cual, no sólo admitió el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición, sino que llegó hasta llamarle amigo, diciéndole con amoroso disimulo: «Amigo, ¿á qué has venido?» Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo, y siempre te traté como tal, y deseo ahora convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes á esto, Yo te recibiré y perdonaré; dime: ¿á qué viniste? ¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra Él de tanta crueldad! Mira, además, cómo queriendo Jesús después de esto corregir blandamente á Judas, manifestándole que sabía sus intentos, le dijo: «Judas, ¿con beso entregas al Hijo del hombre?» Llamóle por su nombre, en señal de conocimiento y amor, y á sí mismo se nombra con el nombre común de Hijo del hombre, en señal de humildad, deseando por todas vías conquistar aquel corazón endurecido para ablandarle; pero su dureza fué tan grande, que nada aprovechó; sino, dada la señal del beso, como se había adelantado á los soldados, volviése de presto á ellos, para que hiciesen su hecho. ¡Oh dulcísimo Jesús! La dureza de Judas me estremece y hace temblar; pero vuestra infinita mansedumbre y caridad me llenan de dulce esperanza. ¿Cómo no tuvisteis asco de que

1 Matth., xxvi, 48; Marc., xiv, 44; Luc., xxii, 48; Joan., xviii, 3.

boca tan maldita llegase á vuestro divino rostro? ¿Cómo no salieron de él llamas de fuego que le abrasasen? Vuestra inmensa caridad, Señor, quería ablandar aquel duro corazón, y detuvo el fuego de vuestra justísima cólera. Usadla, Señor, conmigo; que si he sido pecador como Judas, no quiero ser obstinado como él. ¿Imitamos la caridad de Jesús en tratar á nuestros enemigos? ¿No temeremos los juicios divinos?

Punto 2.º *Eficacia de la palabra de Jesús en derribar á todos sus enemigos.*—Luego que Judas se retiró, salió Jesús al encuentro de los soldados, y les dijo: «¿Á quién buscáis?» Ellos, como no le conocían, á pesar de la señal de Judas, respondieron: «Á Jesús Nazareno.» Díjoles Jesús: «Yo soy;» y al instante volvieron atrás, y cayeron de espaldas en tierra. Acerca de esto has de considerar cómo Jesús en su prisión quiso dar muestras de su omnipotencia y divinidad, haciendo dos milagros, uno para manifestar el poder de su justicia, y otro para descubrir la grandeza de su misericordia. En el primero has de ponderar la magnanimidad y omnipotencia de Cristo en salir sin temor ninguno á recibir á sus enemigos, y con una sola palabra dar con todos y con Judas en tierra, de donde nunca se pudieran levantar, si Él no les diera licencia para ello; y esto hizo para que toda aquella malvada gente entendiese que contra Él ni valen astucias, ni fraudes, ni tampoco armas ni fuerzas humanas. Pondera luego la fuerza de aquella palabra: «Yo soy;» la cual para los buenos es dulce y de grande consuelo, cuando, después de haberle buscado en la oración, les dice: «No temáis, Yo soy;» esto es, Yo soy vuestro Padre, Maestro, Salud, y Vida; pero con los malos que buscan á Cristo para ofenderle é injuriale, es terrible y espantoso, porque significa, Yo soy vuestro Juez, el Todopoderoso, el Dios de las venganzas. Y si esta palabra, dicha por el Señor cuando se hallaba en la aflicción, fué tan poderosa que dió con todos sus enemigos en tierra, ¿qué será cuando venga como Rey á juzgar, y diga á los malos: «Apartaos de mí, malditos?» Sin duda será como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no sólo en tierra, sino en el profundo del infierno. Reflexiona también por qué causa cayeron estos desgraciados hacia atrás y no hacia adelante, pues no fué acaso, sino para significar que la caída de los malos es peligrosísima, sin saber adónde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de repente y cuando menos piensen. ¡Oh Dios mío! Libradme de tal caída, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de vuestra gracia en elabismo de la culpa. Delante de mi rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado y la nada que de mí tengo, y la tierra de que fui formado, para que, cayendo de esta manera, me levante á gozar de vuestra eterna gloria. ¿No nos

¹ Joan., xviii, 4. — ² Sanar la oreja de Malco. — ³ Math., xiv, 27.

admira la omnipotencia de Jesucristo? ¿No temeremos su espantosa ira contra los malos en el día del juicio?

Punto 3.º *Permite Jesús á los soldados que se levanten, y prohíbeles que toquen á sus Apóstoles.*—Considera cómo habiéndose levantado los soldados y judíos, previo el permiso del Señor, les preguntó segunda vez: «¿Á quién buscáis?» Y diciendo ellos que á Jesús Nazareno, les respondió con gran imperio: «Ya os he dicho que Yo soy; si me buscáis á Mí, dejad ir á estos». En lo cual debes ponderar la extremada dureza y obstinación de los malvados judíos y de aquellos miserables soldados, que con haber visto y experimentado en sí mismos un milagro tan manifiesto de la divinidad y omnipotencia de Cristo, no se le rindieron ni reconocieron por Dios, sino como endemoniados, persistieron en su obstinada y maliciosa ceguedad; pero, aunque tales, no sin misterio, á la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor, respondieron que buscaban á Jesús Nazareno, queriendo el Espíritu Santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle, era Jesús, Salvador del mundo, nazareno y santo, consagrado á Dios y florido con virtudes celestiales, porque tal había de ser el que con su muerte nos había de salvar. ¡Oh si tú buscases constantemente á este Señor, no para ofenderle, sino para servirle fielmente durante tu vida! Mira también aquí la inmensa caridad de Jesucristo con los suyos, y el cuidado paternal que tiene en mirar por ellos, y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra que dijo: «Dejad ir á éstos», fué un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos traspasarlo, ni hacer daño alguno á los Apóstoles. ¡Oh amantísimo Jesús! ¿Cómo no cesáis de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tenéis! Dais licencia á vuestros enemigos contra Vos, y quitáisela contra vuestros amigos. Queréis que los males descarguen sobre vuestras espaldas, para librar de ellos á vuestros escogidos. ¡Oh alma mía! Sirve de corazón á este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño, si le sirves con cuidado. ¿Cómo lo haces? ¿En qué has de reformarte?

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán criminal y enorme fué la maldad de Judas! Sólo podía compararse con la excesiva caridad de Jesucristo. Aquel mal discípulo, de Apóstol del Señor se hace capitán y guía de los enemigos que le buscan para matarle, y con el conocimiento que tenía de las costumbres del Salvador, los conduce al huerto, al tiempo mismo que Jesús salía de su oración. Para mostrarle á los soldados, se le acerca, le saluda y le besa con fingido amor; y Jesús, siempre tierno y amable, con su inagotable caridad corresponde á su saludo, y le dice: «Amigo; ¿á qué viniste?» Y para que no creyese el mal discípulo que estaba ignorante de sus intentos, añadió: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?» ¡Oh estado desconsolador de un

alma endurecida! Tan sentidas palabras ninguna mella hacen en el corazón de Judas. Ya Jesús, animoso y valiente, sale al encuentro de sus enemigos; quiere entregarse en sus manos, porque ésta es la voluntad de su Padre; mas antes les obligará á confesar prácticamente su omnipotencia y divinidad. Pregúntales á quién buscan, y respondiendo que á Jesús Nazareno; «Yo soy», contesta; y al instante toda aquella turba retrocede horrorizada, y cae de espaldas en el suelo, sin fuerzas para levantarse, hasta que Jesús se lo manda. ¡Oh poder inmenso de la palabra de Jesús! Á ella nada resiste, y sola ella basta para preservar á los Apóstoles de todos sus enemigos. «Si me buscáis á Mí, dejad á estos.» Y esta palabra es un mandato tan imperioso que nadie puede quebrantar. ¿Por qué no confiamos más en el poder de Jesús? ¿No temeremos el rigor de su justicia, al ver que en medio de su aflicción postra tan fácilmente á todos sus enemigos? ¿No esperaremos con mayor seguridad en su misericordia, viendo la providencia que tiene de los suyos? ¿Por qué decaemos tan presto de ánimo? Alentémonos, y temiendo por una parte nuestra debilidad y esperando por otra del Señor las fuerzas, propongamos con firmeza, pidamos con fervor por nosotros y por todos.

28. — LOS APÓSTOLES QUIEREN DEFENDER Á JESÚS, Y ÉL NO LO permite.

PRELUDIO 1.º Queriendo los Apóstoles defender á su Maestro con las armas, Él no lo permitió, dándoles eficaces razones, y sanó la oreja de Malco.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús conteniendo el fervor indiscreto de sus Apóstoles y sanando la oreja á Malco.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprovecharte de los consejos y avisos de Jesús.

- **Punto 1.º** *Ardor arrebatado de los Apóstoles y corrección de Jesús.*—Considera cómo, viendo los Apóstoles que los soldados acometían á Jesús, llenos de celo por la defensa de su divino Maestro, le dijeron: «¿Les herimos con nuestras espadas?» Mas Pedro, sin esperar la respuesta, arrebatado de su fervor, de un golpe cortó la oreja de un siervo del pontífice, llamado Malco. Cristo nuestro Señor les dijo: «Dejadles hacer lo que quieren». Y, vuelto á Pedro, reprendió y reprimió su fervor indiscreto con breves y admirables sentencias, mezcladas de rigor y blandura. La primera fué: «Torna la espada á su vaina, porque quien con espada mata, á espada morirá». Que es decir: quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte. En lo cual has de ponderar cuán lejos quiere Jesucristo que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende á su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le quería defender; y también puedes descubrir aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tan-

tos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra, en medio de muchos discípulos que le oyeran. La segunda sentencia fué: «¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que le beba?» Pondera con qué ojos miraba Jesús el cáliz de su Pasión y la estima que tenía de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y sentía mucho que se lo impidiesen; y aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sabio y amoroso, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos has de mirar todos los trabajos y tribulaciones que te sucedieren; y si sintieres tentación interior ó pensamiento que te aparte de beber con gana este cáliz, has de responder á tu tentación: ¿y cómo no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da? ¡Oh Padre amantísimo! Yo me ofrezco á beber cualquier cáliz que me diereis y á recibir cualquier purga que ordenareis, por amarga y desabrida que sea; pues siendo ordenada por vuestra sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa. ¿Nos dejamos llevar del espíritu de venganza? ¿Miramos las tribulaciones como dispuestas por Dios?

Punto 2.º *Jesús, para defenderse, podía alcanzar doce legiones de ángeles, y no quiso.*—Considera la tercera sentencia que profirió Jesucristo para reprimir el celo indiscreto de san Pedro y el fervor inoportuno de los demás discípulos, la cual fué decir: «¿Por ventura no podría Yo hacer oración á mi Padre, y luego enviaría más de doce legiones de ángeles para mi defensa? Pero, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen convenir que Yo padezca?» En las cuales palabras nos manifiesta cuán fácil cosa le hubiera sido defenderse por medio de la oración, alcanzando con ella ejércitos de ángeles inmensamente más numerosos y fuertes que la turba de hombres que venían á prenderle. Pero que dejaba de pedir esto porque se cumpliese la divina ordenación de la muerte, declarada en las Escrituras. Con lo cual te enseña dos cosas muy importantes para el espíritu. La primera, que la oración hecha con confianza en el poder y la bondad de Dios, es de grandísima eficacia; y así debes persuadirte que por ella, si fuere necesario, alcanzarás que te defiendan de tus enemigos legiones de ángeles, de modo que puedas decir con verdad lo que Eliseo dijo á su criado, cuando le anunció que estaba completamente cercado de sus enemigos: «Más son los que están en favor de nosotros que contra nosotros». La segunda es que cuando te consta ya de la voluntad de Dios, no has de pedirle cosa en contrario, aunque supieses que la habías de alcanzar; porque ninguna cosa debes tanto desear y pedir como que se cumpla en ti su santísima voluntad y ordenación. Mas no

por eso has de omitir los medios prudentes para librarte de los males que te afligen, porque la misma voluntad divina que los ordena, dispone también que con discreción pongas los remedios para defenderte de ellos, dejando á su providencia el resultado de los mismos. ¡Oh buen Jesús! Gracias os doy por lo que dejasteis de pedir, y que vuestro Padre os concediera, atendiendo más á la necesidad que teníamos de vuestra muerte, que al descanso de vuestra persona. ¿Estamos convencidos de la eficacia de la oración? ¿Nos resignamos debidamente con la divina voluntad?

Punto 3.º *Jesucristo sanó la oreja de Malco.*—Considera aquí un nuevo milagro que obró Jesús antes de su prendimiento, para descubrir la grandeza de su misericordia, el cual consistió en curar á Malco la herida que le había hecho san Pedro en la primera embestida, y esto lo hizo repentinamente y con sólo tocarla. Los motivos que indujeron al Señor á hacer esta curación milagrosa fueron varios; ya por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien á su enemigo, y al que tanto mal le quería hacer; ya por las entrañas de misericordia que tenía, doliéndose de que alguno, por su ocasión, recibiese daño; y ya también porque sus enemigos no tomasen de allí ocasión de hacer daño á sus discípulos, calumniándolos como á gente que resistía á la justicia. Mira qué bello ejemplo te da Jesús para mostrarte el modo de conducirte con tus enemigos, y el cuidado que has de tener de aquellos que están á tu cargo. Pondera luego el espíritu y significación de este milagro; porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que por los méritos de su Pasión se nos ha de restituir el oído derecho del alma, que es la fe y la obediencia á lo que Dios revela y manda. Y puédesse creer que, como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, dando con la salud del cuerpo la del alma, este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro y de la omnipotencia de Jesús, creyó en Él y quedó sano en el alma; y apartándose de la maldita canalla, se fué á su casa, llorando las injurias que se hacían á hombre tan santo y poderoso. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh Señor! Tocad el oído de mi alma, y sanadle con perfección, para que, dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndoos muy de veras con señorío de mis pasiones; pues servir á Vos es reinar por todos los siglos. ¿Hemos aprendido de Jesús á volver á los enemigos bien por mal? ¿Somos dóciles y obedientes á las enseñanzas y ordenaciones de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Qué valor muestran los Apóstoles al ver el peligro en que se halla su Maestro divino! Están dispuestos á resistir á una muchedumbre bien armada y adiestrada, aunque hayan de perder la vida. ¿Tenemos nosotros este celo y fervor por la defensa de los intereses de Jesús? Mas, no quiere

Jesucristo ser defendido por sus Apóstoles con violencia y á mano armada, porque ha llegado el tiempo determinado por su Padre para entregarse á la muerte; y así, no sólo no consiente á sus discípulos el uso de las armas, como le pedían, sino que reprende amorosamente á Pedro, que, sin su consentimiento, arremetió á uno de los enemigos. ¡Qué sentencias tan admirables profiere! «Quien á hierro mata, á hierro muere»; el que con espíritu vengativo mata á su enemigo, tendrá la misma pena, si no se arrepiente. «¿El cáliz que me da mi Padre no le beberé?» Así, con estos ojos, mira Jesucristo el cáliz de su Pasión, como propinado por su Padre, como ordenado por el Padre más tierno y amoroso. ¿Cómo miras tú los trabajos? «Con hacer oración, bajarían doce legiones de ángeles para socorrerme». ¡Oh eficacia de la oración! ¡Oh poder de la divina caridad, que se priva de hacer oración, por no impedir su sacrificio! Buena prueba de ella te da Jesús en la curación de Malco, volviendo bien por mal, la salud por la muerte que le querían dar. Vuelve sobre ti mismo, y al contemplar los admirables ejemplos de Jesús y sus divinas enseñanzas, mira cómo celas por la gloria de Jesús y por la defensa de sus intereses. ¿Estás dispuesto á perder la vida antes que ofenderle y consentir que los demonios le maten en tu corazón? ¿Cómo te portas tú con tus enemigos? ¿Te arrebatara alguna vez el espíritu de venganza? ¡En cuántas ocasiones merecerías la reprehensión que dió Jesús á Pedro! Trata seriamente de cambiar de proceder, haciendo para ello resoluciones muy eficaces, y pidiendo la gracia necesaria para cumplirlas.

29.—PRENDIMIENTO DE JESÚS.

PRELUDIO 1.º Habida la licencia, los soldados se arrojaron sobre Jesús y le ataron; los Apóstoles, acerbados, huyeron.

PRELUDIO 2.º Representate al escuadrón de soldados arrojándose sobre Jesús.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar las virtudes de Jesús.

Punto 1.º *Jesús reprende á sus enemigos y se deja prender.*—Considera cómo, llegado el momento en que Jesús había de ser entregado en manos de sus enemigos, antes de darles licencia, quiso reprenderles la forma con que habían venido á prenderle, diciendo: «¿Como á ladrón habéis venido con espadas y lanzas á prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos, y no me prendisteis; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas¹». Sobre estas palabras debes ponderar primeramente, cómo el inocentísimo Jesús fué tenido y tratado como ladrón, y como á tal vinieron á prenderle; y es de creer que con esta voz iban los soldados gentiles á ello; lo cual permiti-

¹ Luc. xxii, 52.